

LUIS ÁVILA BLANCAS, DOS ENTREVISTAS AL CREADOR DE UN MUSEO



LUIS ÁVILA BLANCAS, TWO INTERVIEWS WITH THE CREATOR OF A MUSEUM

Maestro Alejandro Hernández García

Universidad Iberoamericana

Un sábado al mediodía, hace ya catorce años, crucé el umbral de la antesacristía del templo de San Felipe Neri, vulgo La Profesa, en la calle de Madero, en el centro histórico de la Ciudad de México. Esperé en las bancas de madera las indicaciones para conocer la Pinacoteca de La Profesa, apareció de la penumbra un anciano serio, completamente encanecido y con voz quebrada. "Son tres, necesito mínimo diez personas para comenzar la visita, hoy no abriremos entonces". Frustrado, decidí encarar al personaje, me urgía conocer el acervo para cotejarlo con un inventario del siglo XVIII que había localizado en el Archivo General de la Nación. La negativa fue rotunda pero, a cambio, el hombre me obsequió una hora de erudita conversación, datos precisos y memorias invaluable. Regresé al siguiente sábado y pude deslumbrarme con la colección, el hombre que me había recibido era Luis Ávila Blancas, director de la pinacoteca, canónigo de Catedral y miembro de la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri de México. Después de un par de años de asistir cada sábado a la visita de la pinacoteca, comenzó a confiarme anécdotas y datos sobre el acervo de la "pina", como cariñosamente le nombraba. Durante diez años conviví con él cada sábado, de forma amorosa me desveló los secretos del templo, el edificio y la colección de obras de arte.

Luis Ávila Blancas nació el 6 de abril de 1924 en la colonia Guerrero, cuando la familia se mudó al Centro Histórico comenzó su lazo de amor hacia el templo de La Profesa. Fue acólito del templo, en 1935 formó parte de la Asociación *Pro Altares* que velaba por el decoro de la liturgia católica en La Profesa. Después de su carrera como seminarista en la congregación del Oratorio de San Felipe Neri recibió el hábito de oratoriano el 7 de septiembre de 1943. En la Catedral de Puebla de los Ángeles fue ordenado sacerdote el domingo 2 de mayo de 1948. Para 1956 estaba dirigiendo las obras de restauración en el Oratorio de León, Guanajuato. Regresó a su anhelada Profesa en 1963, trabajó intensamente en el edificio, y el 26 de mayo de 1978 inauguró con solemnidad la Pinacoteca de La Profesa. El 18 de marzo de 1989 fue nombrado canónigo de la Catedral Metropolitana de México, donde ocupó los cargos de sacristán mayor y archivista del Cabildo. Publicó varias obras interesantes para la historia de la Iglesia católica en México y noticias interesantísimas sobre historia del arte virreinal novohispano, como *Iconografía o colección de retratos al óleo que se conservan en la Pinacoteca de la Iglesia de La Profesa* (edición del autor, 1954) o *Bio-Bibliografía de la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri de la Ciudad de México. Siglos XVII-XX* (Miguel Ferro Herrera editor, 2007). Sacerdote generoso, hombre



recto y de vocación verdadera, límpida, vivió para atestiguar el decoro en los altares y el rescate de la colección artística de La Profesa.

La madrugada del 29 de enero de 2015 el padre Luisito, como lo llamaban fieles y colaboradores, falleció en su habitación, en la casa de los oratorianos de La Profesa. La Congregación celebró misa de cuerpo presente, dos días después, un pequeño grupo de amigos y discípulos nos pudimos acercar a la urna que contenía las cenizas de su cuerpo, en la triste intimidad de la sacristía de La Profesa, y partimos rumbo a la Catedral Metropolitana por la calle 5 de mayo, entre vendedores ambulantes y transeúntes. La urna se depositó en las criptas de la Catedral Metropolitana y se celebró una misa solemne. Sirva esta conversación partida en dos años, por el tiempo y circunstancias, que resguardaba yo en mi archivo personal, para celebrar la obra y la vida de Luis Ávila Blancas, y para llamar a las autoridades culturales de México, puesto que todo el acervo rescatado en la Pinacoteca de La Profesa se encuentra en la actualidad en riesgo de desaparecer debido a la ruina en que quedó el edificio tras el terremoto del 19 de septiembre de 2017.

13 de marzo de 2013, 2 pm.

AHG: ¿Cómo conoció usted La Profesa?

LAB: Yo la conocí desde niño, porque vivía aquí a una cuadra, en la calle de Tacuba número 56, así es que me quedaba a una cuadra la iglesia y por esa razón digamos natural de cercanía, pues mis papás venían a misa los domingos. Luego yo venía al catecismo todos los sábados de 4 a 5. Era el *Catecismo* de Ripalda.

AHG: ¿En dónde tomaba la instrucción?

LAB: En la iglesia, no había lugar especial. Como era en sábado, de cuatro a cinco, y a esa hora no había ninguna ceremonia ni misa ni nada, se dedicaban una o dos bancas a los pocos niños que veníamos, atendidos en distintas edades, claro. Aprendíamos las oraciones y luego, con el *Catecismo* de Ripalda, aprendíamos las declaraciones y lo demás. Las maestras eran nada menos que dos hermanas dueñas de la Librería Murguía, eran las señoritas Murguía, María Guadalupe y María de la Luz. Ya cambió el título de la librería, aquí en 16 de septiembre, muy notable el edificio porque tiene arriba unas esculturas. Ahora ya cambiaron de dueño, pero ahí sigue el Edificio Murguía.¹ Terminaba el catecismo con una explicación en grupo, por parte de un sacerdote de la Congregación. Sin embargo, aquí no hice la primera comunión.

OB: ¿Qué le atraía de la iglesia cuando la conoció?

NB: A mí me cautivó La Profesa. Muy aparte de quienes estaban al frente de La Profesa, yo ni lo captaba. Yo quería seguir viniendo a la iglesia, y así fue, curiosamente. Aprendí el catecismo, luego fui acólito, así que venía yo los sábados y domingos a ayudar en misa. En lugar de irme con mis hermanos de paseo, con la familia, ya de mayorcito de paseo, fui alpinista, ciertamente, pero en Puebla. Entonces, el tiempo que estuve venía yo aquí los sábados al catecismo de cuatro a cinco y la misa de los domingos temprano a las ocho y media. Esa relación empezó de esa manera. Claro que después cambió porque yo decidí irme al seminario a Puebla, porque vino un padre de Puebla, aquí con los padres de La Profesa, y yo como era acólito, pues conocí al padre que era el superior de La Concordia, de la Congregación del Oratorio también. Entonces yo me ilusioné, Puebla es una ciudad increíblemente cautivadora, yo ya la conocía, había ido de paseo. Pero con las ganas de ir a Puebla, pues me fui, y allá entré al seminario.

¹ El edificio sobrevive, en la calle 16 de septiembre, entre Bolívar e Isabel la Católica.

Bueno, perdón, estoy adelantándome mucho, por que antes de irme a Puebla, queriendo yo ser de aquí de La Profesa, cuando vine ya a hablar con los padres superiores, me dijeron "Nuestros seminaristas están en San Miguel Allende" y fui a dar a San Miguel de Allende.

AHG: ¿Al Colegio de San Francisco de Sales?

LAB: ¡Ey! Bien que sabes. San Miguel en aquella época era una cosa increíblemente hermosa. Corría el agua a la orilla de las banquetas, agua cristalina, por toda la población, venía esa agua del manantial El Chorro, era el manantial de los baños, no sé si sigan siendo baños públicos. Era agua preciosísima, agua potable, corría por toda la población, y corría hasta el río que está hasta abajo, por la estación del tren. Porque antes en aquella época no había carretera. Yo llegué a San Miguel de Allende en ferrocarril, en vagón de segunda. Claro que era de vía ancha, no creas que de vía corta. El ferrocarril terminaba en Nuevo Laredo, esa era la ruta. Para llegar a San Miguel de Allende era en vagón de segunda, a las cinco de la tarde. Era una cosa hermosísima llegar a esa hora a San Miguel, porque está de bajada la estación, y de la estación a San Miguel es pura subida, entonces a esa hora pegaba el sol que se iba ocultando en el templo de La Concepción, en la cúpula grandiosa del templo de La Concepción. San Miguel está sobre una loma, es un panorama grandioso. Entonces así llegué a San Miguel a estudiar el primero de latín en el Colegio de San Francisco de Sales.

AHG: ¿Y qué le pareció la formación de los filipenses?

LAB: Bueno, pues muy rudimentario todo, apenas los padres habían regresado del servicio que tenían que dar en las parroquias. Porque estaba esa ley que los Padres del Oratorio, para ser ordenados, tenían que dar servicio a la diócesis por tres años o cinco años. Y acababan de regresar de ese servicio los padres que estaban entonces. Otra cosa, era muy pequeño el anexo del Oratorio, ya después lo que tenían de casa los agraristas lo devolvieron, todo destruido pero lo devolvieron, que es lo que tiene actualmente el Oratorio, ese patio, el claustro. Me tocó recibir eso todo destruido, tanto, que en mi habitación, porque tuve el lujo de contar con habitación propia, tuve que pintar y poner una ventana mientras conseguía yo la instalación eléctrica improvisada, me alumbraba con velas de cebo. Y como no había cocina ni nada, porque recibimos el edificio todo maltrecho, entonces salía yo a comer al mercado. Un año estuve así, comía en el mercado, muy sabrosa la comida, en unas ollas grandes, donde iban a comer toda clase de personas, mientras se establecía y recuperaba el anexo del Oratorio y los padres iban arreglando las piezas. El desayuno y la cena nos lo dejaba una señora a los pocos estudiantes que éramos, nuestro jarro de atole de púzcoa, y un fragmento de piloncillo. Ese era nuestro desayuno y nuestra cena.

AHG: Y después se movió a Puebla

LAB: Estuve siete años en el Colegio de San Francisco de Sales, tres de latín, uno de matemáticas y otros tres de filosofía, siete años completitos. Luego un padre de Puebla fue de visita y nos lavó el cerebro a varios. Yo encandilado me fui a Puebla. Claro que disfruté mucho de Puebla, era otra, te estoy hablando de mil novecientos cuarenta y tantos. ¿Te imaginas? Empezó el turismo entonces, porque estaba nada menos que José Mojica en la gloria de su fama como artista y como cantante, compró por el rumbo del parque de San Miguel de Allende un lote con un jardín inmenso e hizo a su gusto una casa preciosa.

En ese momento, el timbre del teléfono interrumpió la entrevista. En San Pedro de Roma la chimenea humeaba en color blanco, y Luis Ávila subió lentamente la escalera hacia la casa de la comunidad oratoriana de México. Yo me dirigí a la oficina de la sacristía, donde la secretaria, Antonieta, tenía un radio pequeño a todo volumen. El Cardenal Bergoglio había sido designado Papa. Escuchamos la noticia con el ruido de la plaza romana de fondo y un reportero emocionado. No podía dejar de pensar en la circunstancia, un jesuita electo sucesor de San Pedro, y yo en una edificación otrora ignaciana, la Casa Profesa de México.

La conversación la pude retomar hasta noviembre de 2014, cuando el venerable canónigo se mostraba menos emocionado y mucho más cansado. Luis Ávila, notablemente disminuido, decidió contarme sobre la pinacoteca que él rescató.

16 de noviembre de 2014, 8 pm.

AHG: ¿Cuándo usted llegó, cómo encontró las colecciones de La Profesa?

LAB: La mayoría estaban embodegadas. Una parte del coro, muy amplia por cierto, que corresponde a una de las naves, ahí se hizo una bodega de pinturas. Se hizo un armazón para que las pinturas quedaran lo mejor posible, verticalmente puestas y separadas al mismo tiempo, así no corrían riesgo de daño. Claro, se encontraron todas amontonadas, sin ningún cuidado. Con este armazón se ayudaba a la conservación, orden y cuidado para que los lienzos no se abrieran o rompieran. En realidad se hizo una obra muy elemental de cuidado.

AHG: ¿A usted le tocó armar el coro para bodega?

LAB: Bueno, me tocó, sí, pero no desde el principio. Otro padre ya se había preocupado por esto, el padre Joaquín López. Así es que yo encontré iniciada la obra, y se le dio término hasta como está hoy. Se completó esa obra, digo, elementalmente, para no dañar las pinturas.

AHG: ¿Esas pinturas estaban guardadas por todas partes?

LAB: Había pinturas, la mayoría de ellas colgadas, expuestas sin ton ni son pero se conservaban. En donde faltaba cuidado, porque corrían riesgos, era en la bóveda de la capilla de Guadalupe, que era paso al coro. Los techos estaban amenazando caerse porque las vigas estaban podridas.

AHG: ¿Cómo fue el proceso para imaginar la pinacoteca?

LAB: Tú lo has dicho bien, pues fue con mi imaginación. Yo decía de chiste que ya la había soñado. Porque realmente corresponde a una cuestión imaginativa, y así traté de que ese sueño se realizara. Y por fortuna se realizaba, porque las pinturas correspondían a ese sueño y al lugar, el tamaño que había soñado, a la pintura que correspondía a ese lugar, eso estuvo muy curioso. La pintura "cabía" en ese lugar. Antes de que este proyecto se realizara, ya existían muchas pinturas colgadas, como repito, sin ningún orden ni concierto, pero de todas maneras ayudó porque así se conservaban. Quedaban muchas en el coro, como actualmente, aunque ya en mejores condiciones. La bodega está con un armazón que ayuda mucho a que no se maltrate el lienzo. Es una bodega, aunque muy elemental, pero sirve, corresponde a las necesidades de conservación de las pinturas.

AHG: ¿Usted tenía en mente alguna otra colección o museo que le sirviera de modelo?

LAB: No, aquí había que cambiar techos, vigas, paredes, hacer obra de conservación y mantenimiento para rescatar la colección.

AHG: ¿Desde cuándo tuvo el sueño de ir acomodando la pinacoteca?

LAB: En mi época, nunca ha habido una aportación, ni de la sociedad ni tampoco oficial. Todo se ha hecho con los centavitos de limosna, así es que se hizo lo que se pudo, todo se reservaba para lo más elemental del edificio y la colección.

AHG: ¿Cómo imaginó la Sala Tres siglos, por ejemplo?

LAB: Yo fui imaginándola conforme al tamaño de las pinturas y la colección como estaba, la fui dirigiendo. Traté de hacer un acomodo didáctico, con el conocimiento de otras pinacotecas, pinturas en otros museos. Tenía en mente el convento de Guadalupe en Zacatecas, y otros museos.

AHG: Para cuando usted armó la Pinacoteca de La Profesa, ¿ya tenía experiencia previa?

LAB: Sí, una sala en San Miguel Allende. Un padre visitador, con facultades de la Santa Sede, dejó dicho a los padres de San Miguel que yo interviniera para poner en cierto orden las pinturas de esa colección que es muy rica. Con esa autorización fui a San Miguel, estuve una semana trabajando de sol a sol. Yo les pedí a los padres que pusieran ayudantes, en una semana arreglé esa sala. No sé si se haya conservado como la dejé.

AHG: ¿Y la Catedral, padre?

LAB: Pues hasta que estuve yo en Catedral. En Catedral realmente no hay una colección fuera de lo que se encuentra en las capillas, que son riquísimas.

AHG: ¿Y el Chocolatero, la Sala Guadalupana, y el archivo?

LAB: Eso sí fue idea mía. Al mismo tiempo tuve mucha suerte (si así la puedo llamar) de que me visitara el señor Colosio, secretario entonces, que después fue asesinado. Visitó la Catedral, lo acompañé en su visita, y al salir por la puerta del costado del Monte de Piedad, le mostré el edificio y le dije: "Señor, todas las iglesias de la Ciudad de México tienen un anexo, menos la Catedral", "¿Cómo?" me dijo.

Sí, señor, éste edificio que ve usted aquí no es de la Catedral. Pero está bien hecho el Museo introductorio,² pero alrededor de la Catedral hay otras edificaciones que podrían convertirse en museos introductorios, para que este edificio vuelva al uso que necesita la Catedral, como un lugar para los infantes, no tienen donde ensayar. La Catedral no tiene oficinas propiamente dichas, se atiende a los fieles para lo necesario en la Sacristía y eso no debe ser. Así que la Catedral necesita sus propias oficinas para biblioteca, archivo e inventario. Se necesita ese espacio adecuado a esas necesidades propias.

Y al despedirse me dijo: "Haga el favor de poner una solicitud por escrito." Yo al día siguiente llevé la solicitud a las oficinas de la Sedesol, que presidía él. Conforme a esa solicitud que firmé a nombre del Cabildo, se me dio toda la atención debida y luego todo se empezó a realizar, esos proyectos.



²El proyecto inició en 1926, cuando el gobierno Federal de la República Mexicana puso el acervo de la Catedral en manos de una comisión, sin embargo, el Museo introductorio abrió sus puertas el 15 de junio de 1949.

AHG: ¿La parte de los ejercicios espirituales, en la Sala Tres siglos, cómo se la imaginó usted?

LAB: Pues conforme al libro de los ejercicios, temas sobre las verdades eternas: muerte, juicio, infierno y gloria, con la mentalidad del libro de San Ignacio.

AHG: ¿Usted tomó los ejercicios?

LAB: Sí, claro.

AHG: ¿Y fue director?

LAB: No, ya no. Pero sí tomé los ejercicios espirituales. Era lo más común, estando en el seminario, en la vida religiosa, como novicio, es lo más común. Y siguiendo ese ritmo de los ejercicios, las cuatro semanas, recordando ese orden más o menos, hice la sección de pintura.

AHG: ¿Había una intención de que la pinacoteca fuera creciendo? Al inaugurar la pinacoteca tenía tres salas, en 1977, al año siguiente abrió la Sala Mariana, y la última que abrió usted en el coro, del Antiguo Testamento.

LAB: Las circunstancias se van imponiendo, ya que los años que estuve al frente nunca tuve una aportación económica, al estar sujeto a la limosna de los fieles se tuvo que pensar esto. Es difícil, porque las limosnas son reducidas, hay que ir con mucho cuidado atendiendo las necesidades.

AHG: ¿Qué pintura le llamó la atención durante este proceso?

LAB: Pues todas, todas las fui descubriendo. Obras grandes, de buenos autores, algunas ya tenían bastidores o marcos, otras se les fueron haciendo, a algunas se les acomodaron marcos que estaban aquí sin ninguna ocupación.

AHG: ¿Y la sacristía también la montó usted?

LAB: A mí no me tocó poner los tableros, me tocó distribuir y adornar las pinturas que tiene ahora la sacristía.

AHG: En 1978, cuando Rogelio Ruiz Gomar publicó el primer número de unas *Monografías de Arte Sacro* dedicado a La Profesa, ya hablaba de los núcleos en las salas. ¿El Mtro. Ruiz Gomar conocía la colección?

LAB: Con ese número comenzó un proyecto de la comisión de arte sacro. Sí, no recuerdo mucho, pero debió conocer la colección.

AHG: ¿Cuánto tiempo se tardó en montar la Pinacoteca de La Profesa?

LAB: Bastante tiempo, todo dependía de la cuestión económica que siempre ha sido muy reducida. No se pueden realizar grandes proyectos si no se cuenta con ese apoyo. Fue lenta esta recuperación por eso, conforme se iba pudiendo y conforme el padre que quedara al frente. Más o menos fueron tres años, antes de 1977.

AHG: Las tres estudiantes de maestría que publicaron la tesis en la UIA fueron las primeras laicas que registraron todo. ¿Tenía usted alguien que le ayudaba, entonces, al mantenimiento?

LAB: Era una persona conocedora de la materia, y de absoluta confianza de la Congregación. Por eso las alumnas pudieron conocer toda la colección en buen estado. En esa tesis está todo lo que se necesita saber para conocer la colección antes de su montaje en la colección en la pinacoteca.

AHG: ¿El INAH no tenía inventario del acervo?

LAB: Que yo recuerde, no.

AHG: En la pinacoteca tienen exhibida la pintura *Las cinco llagas de Cristo* que está firmada por un personaje interesante, Francisco de Otaz. Insinúa seguir muy de cerca la oración Mi Jesús, entre tus llagas escóndeme que parece ser la única obra firmada por ese personaje. ¿Podríamos pensar que hubiese gente que sólo pintara para esta colección, para los jesuitas?

LAB: Hay que pensar en la importancia de la Compañía, su poder económico era muy grande, y podía hacerlo para sus acervos. Una de las grandes pinturas que se exhibe tiene como finalidad demostrar el triunfalismo jesuita, san Ignacio, la santísima Virgen flotando sobre nubes. Es la época del triunfalismo de la Compañía, con los grandes escritores del momento. Para mí esa es la explicación de la mayor parte de estas pinturas.

AHG: Rogelio Ruiz Gomar publicó en 1960 una vista panorámica de la sala que hoy llamamos Cardenal Newman y se ve reducida...

LAB: Eran habitaciones, la pintura del *Patrocinio de San José a la Congregación* era la separación de la sala a las habitaciones que estaban atrás, no existían los cuartos actuales. La mayoría de los seminaristas de la Congregación habitábamos ahí. Los cuadros de esa sala los colgó el superior anterior, Joaquín Sánchez Carrillo. Desde entonces se tenía la intención de conservar las obras y mantener los conjuntos de pinturas.

AHG: La pinacoteca no sólo muestra un mar de pinturas, sino que tiene tres líneas, histórica, teológica y artística. Se habla de talleres, temas, las lecturas son muchas gracias al acierto del acomodo y debe tomarse en cuenta para otras colecciones.

LAB: Así se trató de realizar, eso intenté.

AHG: ¿Usted considera que el Oratorio siempre supo que era custodio de un tesoro?

LAB: Yo creo que sí, la conducta de la Congregación fue la de conservación ante todo. Conservar lo que pertenece a La Profesa, dar mantenimiento a las cosas de valor en términos generales. El cuidado elemental, el mantenimiento es lo que ha llevado a que todo se conserve en buen estado.

AHG: Cuando abrió la pinacoteca, ¿qué comentarios recibió?

LAB: En términos generales la gente salía contenta, se le había enseñado esta colección riquísima. Yo mantenía contacto con los visitantes, que casi siempre eran los fieles del templo. No faltaban esas expresiones de satisfacción por la conservación de las obras. Guillermo Tovar y de Teresa vino muchas veces, traía visitantes muy distinguidos, una vez trajo a las esposas de los embajadores en México a conocer la colección. ■